

# Sobre Herman Melville y el Ecuador: Travesía y ficción

---

Jaime Marchán\*

## 1. Introducción

Escribo estas líneas frente al mar. No encontraría mejor sitio para atreverme con este artículo sobre Herman Melville, a bordo de cuyos libros he navegado estos días.

Recuerdo haber leído *Moby Dick* por primera vez a mis doce años. Lo recibí de mi madre como obsequio navideño. Encerrado en mi habitación, totalmente ajeno a los villancicos de la temporada, devoré esas páginas con verdadera alegría. De todas aquellas imágenes, la del doblón ecuatoriano de oro que el capitán Ahab clava en el mástil de su barco retinó ante mí con mayor vigor y se enquistó en mi memoria para siempre. Aquella moneda es la recompensa que Ahab ofrece al primer marinero que logre avistar a la Ballena Blanca, a la que persigue con enfermiza obsesión para matarla por haberle arrebatado una de sus pier-

nas. Me imaginaba ser uno de los vigías de cofa del buque, quemándose la vista para divisar a Moby Dick y hacerme de esa rutilante moneda de oro. De noche no podía dormir, temeroso de perder el paso de la ballena. Me levantaba al día siguiente ojeroso y melancólico para ir a clases en el Pensionado Borja N°2. Mi madre me miraba con comprensión y ternura, pensando que aquella lividez podía deberse a los placeres solitarios de la edad y no a los precoces deleites de la literatura. Años más tarde, cuando se abrieron en Quito las primeras sesiones de cine-club, pude ver la versión fílmica de *Moby Dick* en la cinta de John Huston. En aquella célebre película, Gregory Peck, interpreta al cojo y monomaniático capitán Ahab. Así como en la novela, la imagen que más me gustó fue la del doblón de oro. Al verla, me llamó la atención algo muy par-

---

\* Jaime Marchán: Embajador de carrera del Servicio Exterior, escritor, profesor de derechos culturales del Instituto Henry Dunant (España) y miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Este artículo está basado en su discurso de incorporación a dicha Academia.

ticular, que no había percibido en la versión literaria de mi *Moby Dick* juvenil: la moneda de oro era del Ecuador; un *close-up* permitía leer claramente la leyenda impresa en ella. Pasé varios años bajo el convencimiento que la escena de la moneda era un simple recurso hollywoodense, hasta que, tiempo después, pude adquirir en una librería de Madrid la versión entera de la novela.<sup>1</sup> Mi dicha fue completa al constatar que la versión filmica era fiel al texto original de Melville: allí estaba el doblón de oro macizo, ¡y por Dios que brillaba igual que en las imágenes de la película! Debo confesar que en ese entonces poco o nada sabía de Melville y de Huston; más allá de estos personajes, fueron las envolventes imágenes plásticas de la novela y de la película las que se grabaron indeleblemente en mi recuerdo.

Hace pocos días, en viaje hacia las Baleares, pude adquirir en una tienda marítima ginebrina una pequeña reproducción del *Pequod*, el barco ballenero comandado por el obstinado capitán Ahab. Lo he puesto en mi mesa de trabajo al tiempo de escribir estas notas. La miniatura contiene los elementos indispensables de la célebre embarcación: la proa y su mascarón, el castillo de proa, el alcázar, la cabina del capitán, los palos, las velas y la robusta quilla. A babor se ven los pequeños

botes salvavidas y, a estribor, los grúas, poleas y aprestos para faenar la ballena, labor que, dada la duración del viaje, se hacía durante la travesía, el enorme cetáceo amarrado al costado de la embarcación. Me imagino al cojitranco y obsesivo capitán Ahab marcando con su pata de hueso de ballena la dirección invariable de su navío.

Siempre había pensado que el tema del Melville y la ballena, que ocupó mi mente y mi fantasía literaria desde la infancia, podría ser de interés, y ello no por razones meramente subjetivas. Aunque la escena del doblón de oro ecuatoriano podría justificar la redacción de estas páginas, se trata, en realidad, de algo más: *Moby Dick*, la obra maestra de Melville y una de las grandes creaciones de la literatura universal, no sólo se refiere repetidamente a nuestro país, sino que —como veremos más adelante—, una buena parte de su escenificación dramática tiene que ver directamente con el Ecuador. Igual ocurre con *Las encantadas*, otra de sus obras literarias. Y, por si esto fuera poco, el imaginario literario ha vinculado a Melville con Manuela Sáenz, a raíz de un eventual encuentro de ambos personajes en Paita. Así, pues, hay un amplio tapiz que desplegar por delante. Sin embargo, antes de hacerlo, permítanme dos breves reflexiones sobre la lite-

<sup>1</sup> Seguiré a lo largo de este texto la edición completa de *Moby Dick* o la ballena blanca, publicada por la Editorial Debate, cuarta edición, Barcelona, 2003, traducción de Enrique Pezzoni e ilustraciones de Rockwell Kent (1882-1971), artista norteamericano, conocido por su capacidad de síntesis entre el realismo y el modernismo.

ratura como viaje y sobre la palabra como lengua universal.

## 2. La literatura como viaje

A lo largo de mi vida, principalmente por razones de mi profesión diplomática, he viajado mucho y he vivido en numerosos países y culturas. Hoy mismo me encuentro en Palma de Mallorca, en casa de prestigiosos traductores, con quienes tengo una relación cercana. El patriarca de la familia, Anthony Kerrigan, escritor y poeta de origen irlandés, fallecido en 1991, fue uno de los traductores del español al inglés más reconocidos de su generación. La bella casona, llena de libros, está situada en un promontorio frente al mar. En el vestíbulo hay una estupenda escultura de Pablo Serrano. Se trata de una cabeza en bronce de don Miguel de Unamuno. No podía ser de otro modo, pues Kerrigan tradujo al inglés, en siete volúmenes, la obra mayor del gran escritor vasco. En las paredes de la sala cuelgan óleos de Tapies, Saura, Ulbrich y Rivera Bagur. Mis anfitriones han tenido la bondad de cederme el estudio del escritor, “la Torre”, y allí me he instalado con mis notas. La sólida y amplia mesa de trabajo se abre sobre la bahía. Desde allí diviso el puerto, las grúas del muelle, los buques que entran y salen y las torres de la catedral que se levantan

sobre los roqueños muros. Dentro del estudio de Anthony Kerrigan me siento algo intimidado por el hálito revuelto, la melancolía difusa, el polvo de los recuerdos agitados por la luminosidad ausente de este genio inquieto, rebelde, a veces extravagante y estrafalario, que, además de las creaciones de Unamuno, vertió al inglés una enorme cantidad de obras de grandes escritores.

Antes de acometer mi trabajo, siento la imperiosa necesidad de husmear entre los estantes y libros que rodean el estudio; si no, los espíritus que habitan entre sus páginas no me darían el sosiego que necesito. Abro de par en par los postigos de madera y la recámara se llena de una luz azulada. Me levanto del escritorio con una pipa encendida en la boca y recorro los amplios anaqueles. Reviso varios libros al azar: todos han sido leídos y subrayados, todos llevan en sus páginas anotaciones manuscritas a lápiz. Obras de clásicos griegos y latinos, de los españoles –incluyendo las de Ramón Llull, el gran humanista mallorquín– y diversos libros de escritores hispanoamericanos. Como buen poeta, Kerrigan ha atesorado también una vasta colección de obras de poesía. Repaso con la vista los títulos impresos en los lomos y me detengo en uno de ellos. Se trata de la *Antología de la Poesía Americana Contemporánea*,<sup>2</sup> publi-

2 Anthology of Latin-American Poetry/Antología de la Poesía Americana Contemporánea, editado por Dudley Fitts, A New Directions Book, copyright 1942,1947.

cada en 1942. La rigurosa selección ha incorporado a dos poetas ecuatorianos entre los grandes vates del continente: Jorge Carrera Andrade y Alejandro Carrión.<sup>3</sup> Más allá, un anaqueil entero contiene las obras de Kerrigan y las copiosas traducciones que hiciera al inglés de Unamuno, Borges, Ortega y Gasset, Cela, Pío Baroja, Arrabal y otros famosos escritores, como Pablo Neruda y los cubanos Padilla y Arenas. Entre las obras de Kerrigan, destaca su poemario *At the front door of the Atlantic*<sup>4</sup>, ilustrado con el retrato que Picasso hiciera del autor. El anaqueil vecino contiene obras de los autores traducidos por su esposa Elaine: Robert Graves, Julio Cortázar y Ana María Matute, entre otros. Elie Kerrigan, hijo de esta notable pareja de intelectuales, ejerce también, con dedicación y talento, la misma profesión vocacional.. Así, no es extraño que la estancia esté llena de recuerdos, autógrafos y ecos de célebres personajes que fueron amigos de Anthony y Elaine Kerrigan: Saul Bellow, Russel Kirk, Cela, Barral, Madariaga, Robert Graves, Gerardo Diego, Tapies, Pepe Caballero Bonald, Rafael Alberti y muchos otros, evocados en gratas conversaciones de sobremesa.

Mi experiencia cotidiana de viajar, leer y escribir me ha demos-

trado que viaje y literatura semejan una misma cosa. Todos los libros son, de una u otra forma, la narración de una travesía, unas veces en el sentido físico de la palabra, otras del tránsito de la conciencia de un estado a otro, como en algunas obras de Dostoievski, Stevenson y Kafka. En el fondo, la literatura es itinerario, movimiento y peregrinaje en busca de los signos más profundos del destino humano. La *Biblia* nos habla del éxodo del pueblo preferido por Dios hacia la Tierra Prometida; la *Ilíada*, del ominoso pliegue y repliegue de naciones en guerra; la *Odisea* y la *Eneida*, del retorno del héroe a su patria tierra; la *Divina Comedia*, del viaje de Dante a infierno, purgatorio y paraíso; *El Quijote*, de la travesía del ser por los dominios de la lucidez y la locura... Y entre las obras de viaje y tránsito, junto a las novelas de Swift, Verne, Salgari y Conrad, *Moby Dick* es uno de los libros más bellos, profundos y sorprendentes de la literatura universal, una novela épica gigantesca en perpetuo movimiento. Salvo la escena inicial en el muelle de Nantucket, donde el *Pequod* se prepara para la larga travesía, toda la aventura siguiente, hasta la última línea, ocurre sobre el mar ondulante, mientras la embarcación se desplaza de un lugar a otro. Sólo el espíritu del capitán

3 Los poemas de Jorge Carrera Andrade, incluidos en la antología antes citada, son: "Primavera & Compañía", "Sierra", "Domingo", "La vida perfecta", "Corte de cebada", "Ha llovido por la noche", "El huésped", "Vocación del espejo", "Mal humor", "La campanada de la una", "Segunda vida de mi madre" y "Biografía para uso de los pájaros". El poema de Alejandro Carrión es "Buen Año".

4 Anthony Kerrigan, *At the front door of the Atlantic* (Dolmen Press, 1969, Dublin, Irlanda).

Ahab está fijo, como un ancla, en el fondo de su obsesión perpetua: matar a la Ballena Blanca, aunque sea preciso perseguirla a través de todos los mares de la tierra.<sup>5</sup> Melville, marinerero experto, estaba consciente de la complejidad de la empresa, así como de la magnitud de su empeño literario: “Para producir un gran libro –escribe– hay que elegir un gran tema.”<sup>6</sup> Al empezar a escribir la novela, confiesa estar tan desbordante de entusiasmo que sólo precisa de una pluma de cóndor y el cráter del Vesubio como tintero.<sup>7</sup>

A propósito de viajes y literatura, entre las creaciones de Kerrigan me encuentro con una obra singular. Se trata de *Crónica de un viaje a Picasso*<sup>8</sup>, publicada en “Papeles de son Armadans”, colección dirigida por Anthony Kerrigan y Camilo José Cela. En dicha crónica, Kerrigan narra con depurado estilo la travesía que, junto a su amigo Cela, emprendió desde Mallorca para visitar a Picasso y pedirle ilustraciones para una edición especial de los “Papeles”. En su interesante relato, Kerrigan caracteriza la desbordante vitalidad artística y humana de Picasso como “un movimiento sísmico”<sup>9</sup>. En el curso del encuentro, Picasso les cuenta a sus visitantes, entre otras

cosas, que él fue el primero en interesarse a Hemingway por los toros. “Estábamos juntos en Cap. d’Antibes, con Gertrude Stein –dice–, y le conté lo de San Fermín. Él no sabía nada de los toros por aquel entonces. Se fue a Pamplona y se enamoró de España”.<sup>10</sup>

Satisfecha mi bibliófila curiosidad, me siento finalmente a la mesa a escribir. Mis días transcurren gratamente en esta casa mallorquina, entre notas y libros. En esta familia todos leen; más bien dicho, se alimentan de libros. El bar está siempre abierto; se bebe ginebra y malta escocesa con matutina contención; al caer la tarde se doblan las raciones, y si no hubiera hecho apuntes, todo se iría con las ondas luminosas del agua, pues aquí la mente se deja aspirar por el mar y viaja a través de la noche marítima como la vida, como la literatura, como la palabra.

### 3. La palabra como lengua universal

En esta casa mallorquina de reconocidos traductores, he llegado a reconocer que otra forma singular de viajar en la literatura es la traslación del texto y significado de una obra a otra lengua. Existen célebres traducciones literarias a las que me hubiera gustado referirme, mas en

5 Como dice Borges, “el escenario son todos los mares del mundo” (ver *Bartleby el escribiente*, Prólogo y traducción de JLB, Alianza Editorial S.A., Madrid, 2009), p.7.

6 Herman Melville, *Moby Dick*, Cap. CIV, p. 616.

7 Ibid., pp. 615 y 616.

8 Anthony Kerrigan, *Crónica de un viaje a Picasso*, “Papeles de son Armadans”, n.º. LII, Julio de 1960, Madrid - Palma de Mallorca, MCML.

9 Ibid., p.53.

10 Ibid., p. 61.

razón del tiempo haré mención sólo a una de ellas. Se trata de la traducción del latín al español de la *Eneida*, tarea gigantesca realizada por nuestro ilustre compatriota, el padre jesuita Aurelio Espinosa Pólit. Sobre su calidad, basta con citar las elogiosas palabras del insigne latinista español García Yebra: “Si, por azarosa hipótesis, desapareciera del mundo el original de la *Eneida* y sólo se conservase de ella la traducción del P. Aurelio Espinosa Pólit, quien la leyera podría formarse una idea muy aproximada de la gran epopeya perdida.”<sup>11</sup> Así, pues, una vez traducidas a las distintas lenguas, las obras de los escritores de todas las épocas y naciones han hecho posible el milagro humano de la universalidad de la literatura y de la fusión de las lenguas en el torrente de la cultura humana.

Al haberse vertido la obra de Herman Melville a la lengua española, a través de excelentes traducciones, destacándose entre ellas la de Enrique Pezzoni, dicha obra se ha incorporado también a la lengua de Cervantes, una de las más habladas del mundo. “Nadie duda de la vitalidad de que goza el español en el mundo –dice el filólogo español Manuel Rico–. Los más de 450 millones de habitantes en los cinco continentes, el incremento sosteni-

do de su presencia en Estados Unidos, el peso creciente de la cultura en español generada en América” la hacen “ocupar la segunda posición en la clasificación de lenguas de comunicación (...), que metaboliza aportaciones de la más diversa procedencia.”<sup>12</sup>

Este encuentro de vertientes lingüísticas ha ensanchado la cultura universal. Sobre la riqueza del léxico cervantino, todos estamos bien enterados. Respecto de Melville, se ha reconocido que su universo verbal “es quizá el más alusivo de todas las literaturas del siglo XIX. Como James Joyce en el XX –escribe Vladimiro Rivas Iturralde en un estudio sobre su obra–, parece haber querido apropiarse de toda la lengua inglesa en un acto de bibliofagia. La escritura misma, su tipografía, está atravesada de numerosas referencias a los signos de toda índole: letras, signos cabalísticos, jeroglíficos, pictogramas, cifras romanas y árabes, números escritos en palabras, uso abusivo de los signos topográficos –mayúsculas, caracteres grandes, asteriscos–, empleo a menudo arbitrario de guiones, blancos tipográficos, además de menciones y representaciones pictóricas y escultóricas, alusiones a las matemáticas, a la aritmética, a la geometría y, por supuesto a los

11 García Yebra, “Aurelio Espinosa Pólit, traductor de poetas clásicos”, En torno a la traducción (Ed. Gredos, Madrid: 1983), p. 192.

12 Ver, Manuel Rico, “Luces y sombras del español en el mundo”, La Cuarta Página, p. 33., diario “El País”, 4 junio 2011.

signos astronómicos y astrológicos, polisemia de los signos que renueva la invitación a cada lector a proyectar su individualidad”.<sup>13</sup>

Sin embargo, no es la interrelación de las lenguas ni el análisis filológico de las obras de Melville la principal razón de este artículo, sino las muy cercanas vinculaciones temáticas y toponímicas de *Moby Dick* y de *Las encantadas* con el Ecuador. Esta cuestión, que yo sepa, no ha sido hasta ahora desarrollada en detalle. De ahí su pertinencia.

#### 4. Moby Dick y el Ecuador

Antes de hablar de *Moby Dick*, conviene decir algo sobre su autor. Herman Melville nació en Nueva York en 1819, en el seno de una familia luterana de ascendencia escocesa y holandesa. Pese a su vida aventurera, o precisamente debido a ello, produjo numerosas obras; entre ellas, además de *Moby Dick*, destacan *Typee*, *Omoo*, *Redburn*, *Mardi*, *Pierre*, *Billy Budd*, *Israel Potter* y *Cuentos de la Plazoleta* (integrada por *Benito Cereno*, *Las encantadas* y *Bartleby el escribiente*).

*Moby Dick o la ballena blanca*,<sup>14</sup> su obra maestra, se publicó en 1851 y, por esas azarosas vicisitudes

que padecen muchos escritores, autor y obra pasaron al olvido. Acaso los lectores de la época estimaron, erróneamente, que el libro era un aburrido mamotreto sobre caza de ballenas.<sup>15</sup> Es posible también que razones religiosas, provenientes del puritano público de entonces, influyeran en el descrédito del libro, pues el autor no se anduvo con remilgos al momento de hablar de ciertas creencias. Así, al describir las lápidas de mármol de la capilla de Nantucket y reflexionar sobre el sentido de la vida y de la muerte, apunta que “la Fe, como un chacal, se alimenta entre las tumbas y extrae su esperanza más vital de esos dilemas mortales”.<sup>16</sup> Y, más adelante, expresa con ironía que “el infierno es una idea nacida originariamente a causa de un pastel de manzana mal digerido y perpetuado a través de las dispepsias hereditarias producidas por los Ramadanes”.<sup>17</sup> Además de ello, las lectoras de *Moby Dick* “se toparon con un mundo novelístico que excluía a la mujer y cedía su lugar a una otredad metafísica y moral. El otro (...) no era la mujer, sino la conciencia, la naturaleza impenetrable a la razón, la proyección narcisista del yo o el mito”.<sup>18</sup>

13 Vladimir Ribas Iturralde, “Estudio introductorio y notas” a la edición de *Moby Dick o la Ballena* (Libresa, Quito: 1993), pp. 20-21.

14 El título del original inglés es *Moby Dick or The Whale*. Éste se ha traducido indistintamente como “*Moby Dick o la ballena*” o como “*Moby Dick o la Ballena Blanca*”; tal es el caso de la versión de Pezzoni en Editorial Debate (Barcelona, 2003).

15 Por ejemplo, Conrad juzgó a *Moby Dick* como “una intensa rapsodia de ballenería y por no contener en sus tres volúmenes una sola línea sincera”. Citado por Harold Beaver en “Introducción” a *Moby Dick*, Harmondsworth (Middlesex, Inglaterra), Penguin Books, 1975, p. 20.

16 *Moby Dick*, Cap. VII, p. 74.

17 *Moby Dick* Cap. XVII, p. 137.

18 Vladimir Ribas Iturralde, “Estudio introductorio y notas” a la edición de *Moby Dick o la Ballena*, Libresa, Quito, 1993, p. 17.

La vindicación de *Moby Dick* y su lanzamiento a la inmortalidad de las letras ocurrió sólo en 1930, año en que el crítico norteamericano Raymond Weaver, con motivo del primer centenario del nacimiento del escritor, publicara un extenso estudio sobre su vida y su obra.<sup>19</sup> Contribuyeron a ello los estudios subsiguientes, así como la ardiente defensa que de la obra melvilliana hicieran públicamente prestigiosos escritores del siglo XX, como John Dos Passos, William Faulkner, D.H. Lawrence, E.M. Foster, Cesare Pavese y Borges; este último tradujo al español y prologó *Bartleby el escribiente*.<sup>20</sup>

De *Moby Dick* existen varias ediciones en casi todas las lenguas del mundo. Sin embargo, conviene tener en cuenta que, dado el tamaño del libro<sup>21</sup>, la mayoría de ellas son ediciones resumidas. En su versión completa, la novela se inicia con una “Etimología” de la ballena que, según Melville, le fue “suministrada por el difunto bedel tísico de una

escuela secundaria”; le sigue una transcripción de varios “Extractos” que, de acuerdo con el mismo autor, le fueron proporcionados, “por un sub-subbibliotecario”<sup>22</sup>

Luego de haber leído varias veces *Moby Dick* en su versión completa, me sorprendí gratamente al advertir, lápiz en mano, no sólo las reiteradas referencias que en ella se hacen a nuestro país, sino la constatación del hecho singular de que el Ecuador marítimo es el escenario principal de la novela; esta elección no es azarosa, sino deliberada, precisa y determinante para el eje narrativo. A fin de demostrar esta afirmación, iré citando textualmente dichas referencias en el mismo orden en que se despliegan a lo largo del texto de la novela.

En la primera de ellas, luego de varios episodios atinentes a los preparativos y al zarpe de la nave, Ismael—el narrador de la historia—nos cuenta, en bello lenguaje literario, que “el *Pequod*, dejando atrás los hielos y témpanos, siguió avanzan-

19 El título de la obra de Weaver es Herman Melville, marinero y místico. Cf. Vladimiro Rivas Iturralde, op. cit., p.

16.

20 Herman Melville, *Bartleby el escribiente*, Prólogo y traducción de Jorge Luis Borges, (Alianza Editorial S.A., Madrid: 2009).

21 La versión completa de Editorial Debate, la cual incluye la “Etimología” y los “Extractos”, tiene 767 páginas, de 38 líneas cada una. De esta novela, se conocen, además, tres versiones fílmicas: una muda, de 1926; la de John Huston, realizada en 1956, con guión de Ray Bradbury, y una más reciente de Franc Roddam, de 1998.

22 *Moby Dick*, pp. 13-27. En los “Extractos”, entre otras cosas interesantes, se dicen las siguientes: “Y Dios creó grandes ballenas (Génesis)”, p. 16; “Es posible extraer una cantidad increíble de aceite de una sola ballena (Ibid, Historia de la vida y de la muerte)”, p. 17; “El hígado de una ballena llenaba dos carretadas (Stowe. Anales)”, p. 17; “Con artificio se crea ese gran leviatán llamado Confederación o Estados (en latín Civitas) que no es sino un hombre artificial (frase inicial del Leviatán de Hobbes)”, p. 18; “Las poderosas ballenas que nadan en un mar de agua y tienen dentro un mar de aceite (Fuller. El estado sagrado y profano)”, p. 19; “Suben con frecuencia a los mástiles para ver si avistan una ballena, pues el primero que la descubre recibe un ducado por su esfuerzo (Harris Coll. Viaje a Groenlandia, 1671)”, p. 19; “Un décimo de las rentas ordinarias del rey (...) es el derecho a los peces reales, que son la ballena y el esturión (Backsotne)”, p. 21; “Esa bestia marina / el leviatán /, que entre todas las obras de Dios / es la más grande que nada en las corrientes oceánicas (El paraíso perdido)”, p. 18; “El remedio soberano para una lesión interna es el esperma (Rey Enrique)”, p. 17.

do hacia la luminosa primavera de Quito que reina en el mar casi perpetuamente, en los umbrales del eterno agosto del trópico”.<sup>23</sup>

Poco después, el empecinado capitán Ahab abandona por primera vez su camarote, convoca a la tripulación a cubierta y, levantando hacia el cielo una resplandeciente moneda de oro, anuncia a los marineros que la dará como recompensa a quien primero aviste a la Ballena Blanca:

«“Todos ustedes, vigías –dice en voz alta–, me han oído dar órdenes acerca de una ballena blanca (...). ¡Aquél de ustedes que me anuncie una ballena de cabeza blanca, frente rugosa y mandíbula torcida (...) recibirá esta onza de oro, muchachos! (...)”. Restregaba lentamente la moneda de oro contra los faldones de su abrigo, como para aumentar su brillo, y cantaba quedamente para sí, sin palabras, produciendo un sonido tan extrañamente sofocado e inarticulado que parecía el chirrido maquinal de las ruedas de la vitalidad oculta en su interior».<sup>24</sup>

Poco más tarde, Ismael nos informa textualmente que “el *Pequod* había zarpado desde Nantucket al iniciarse la Estación del Ecuador”.<sup>25</sup> ¿Y por qué en dicha estación y hacia ese punto geográfico concreto?, cabe preguntarse.

“Porque en ese lugar y en ese tiempo –nos aclara–, durante varios años consecutivos [Ahab] había visto a Moby Dick detenerse periódicamente, así como el sol, en su revolución anual, se detiene durante un intervalo ya calculado en cada uno de los signos del Zodíaco. Allí, por otra parte, habían ocurrido casi todos los encuentros mortales con la Ballena Blanca; allí las olas contenían la historia de sus hazañas; allí estaba el trágico lugar donde el viejo monomaniaco había encontrado el territorio móvil de su venganza(...)”.<sup>26</sup>

No puede ser más clara esta explicación. Mas como el texto de la novela es extenso y durante la travesía ocurren y se intercalan otros incidentes menores, páginas más adelante Ismael siente la necesidad de volvernos a recordar que:

“el circunnavegante *Pequod* recorría todas las zonas de caza balleneras del mundo, antes de bajar hacia el Ecuador, en el Pacífico. Allí, aunque su busca no hubiere dado resultado en otras partes, Ahab pensaba que presentaría batalla a Moby Dick, en el mar más frecuentado por el monstruo, según se sabía, y en una estación durante la cual era razonable alimentar la esperanza de encontrarlo”<sup>27</sup>.

La mención del Ecuador en este pasaje tampoco es antojadiza. Es sa-

23 Moby Dick o la Ballena Blanca (Editorial Debate, Barcelona: 2003), Cap. XXIX, p. 18.9.

24 Ibid., Cap. XXXVI, p. 236.

25 Ibid., Cap. XLIV, pp.298 y 290.

26 Ibid., Cap. XLIV, pp.298 y 290.

27 Ibid., Cap. LXXXVII, p. 523

bido que es posible avistar ballenas a lo largo de toda la costa ecuatoriana. Recorren 7.000 mil kilómetros desde la Antártida para aparearse frente a sus costas.<sup>28</sup> El propio Ismael nos confirma que:

“se las encuentra en el Ecuador, a tiempo para la temporada de la alimentación, quizá recién llegadas de los mares del norte, donde han ido para huir del estío y el desagradable calor del verano. Y cuando se han paseado durante un tiempo por la zona del Ecuador, zarpan hacia las aguas orientales, ante la inminencia de la estación fresca que empezará allí; de ese modo evitan durante todo el año las temporadas excesivas”.<sup>29</sup>

Basado en estos datos y en su obcecada intuición, el capitán Ahab presente, desde el inicio mismo de la acción, que Moby Dick reaparecerá en aguas ecuatorianas. Son días y días de navegar. A los marineros –dice Ismael– “se les ha hinchado las muñecas a fuerza de remar el día entero sobre la línea del Ecuador”.<sup>30</sup>

Experto narrador, Melville nos lleva a lo largo de su monumental novela como peces atrapados en la red. “¿Qué eres tú, lector –nos dice–, sino un Pez Suelto y también un Pez Amarrado?”<sup>31</sup> El escritor va

dosificando sabiamente la acción para mantener vivo el interés del lector. Así, llegamos al emblemático pasaje del doblón de oro,<sup>32</sup> cuya descripción merece una cita más detallada:

“Ese doblón era del oro más puro y virginal, extraído del corazón de alguna maravillosa colina donde, a oriente y occidente, corren sobre arenas de oro las aguas surgentes (...). Y aunque ahora estaba clavado entre la herrumbre de los tornillos y el verdín de los pernos de cobre, aún conservaba su brillo de Quito, intangible, immaculado (...). Los marineros, cada uno lo veneraba como el talismán de la Ballena Blanca. A veces hablaban de él durante las fatigosas guardias nocturnas, preguntándose a quién habría de corresponderle y si su dueño viviría lo bastante para gastarlo. Esas nobles monedas de oro de Sudamérica son como medallas del sol y símbolos del trópico. En ella aparecen grabados en rica profusión palmeras, alpacas y volcanes; discos del sol y estrellas; elípticas, cuernos de la abundancia y suntuosas banderas. De modo que del precioso oro parece provenir una riqueza ulterior, una gloria excelsa que pasa por esos troqueles fantasio-

28 Puerto López, Salinas y Ayangué son, actualmente, los principales puntos de observación.

29 Melville, op. cit., Cap. LXXXVIII, pp. 536-537.

30 Ibid., op. cit., Cap. XCVIII, p. 581.

31 Ibid., Cap. LXXXIX, pp. 544-545.

32 El doblón, según se describe “En Monedas y Bibliotecas virtuales. Arqueología. Monedas Predecimales”, corresponde a una moneda de Ocho Escudos, ley de 900 milésimos, acuñada en la Casa de Quito (1838). Anverso: busto femenino alegórico de la “Libertad”, con gorro frigio. Leyenda: “El Ecuador en Colombia”, nombre de la ceca: “Quito”, Reverso: 3 elevaciones; una con un cóndor en la cima (el Pichincha), otra con un castillo (Panecillo) y una figura no reconocible. Arriba la banda elíptica con signos zodiacales y el sol sobrepuesto en el centro y, encima de éste, un arco de 6 estrellas; el listel contiene la leyenda: “El Poder en la Constitución”.

sos, tan hispánicamente poéticos. El doblón del *Pequod* era un rico ejemplo de todo eso. En su borde circular llevaba la inscripción: REPÚBLICA DEL ECUADOR: QUITO. Así, la reluciente moneda venía de un país situado en medio del mundo, bajo el gran Ecuador, bautizado con ese nombre, y había sido fundida en medio de los Andes, en ese clima invariable que no conoce otoños. Rodeada por esas letras, se veía en ella la imagen de tres cumbres andinas y, en la primera, una llama; en la segunda, una torre; en la tercera, un gallo que cacareaba. Sobre todo ello se enarcaba un fragmento de zodiaco con los signos representados según su habitual sentido cabalístico, y el sol, clave de todos ellos, en el momento de entrar en el equinoccio, en Libra.”<sup>33</sup>

La imagen del doblón queda fija en la mente del lector, igual que en la de los marineros. Cada vez que éstos pasan por el mástil de la embarcación, la contemplan y sueñan con poseerla:

“He visto otros doblones durante mis viajes –dice para sí Stubb, uno de los oficiales de la tripulación–: los de la vieja España, y los doblones del Perú, los doblones de Chile, los doblones de Bolivia, los doblones de Popayán, y también infinitos moidores y pistolas de oro y reales y medios reales y cuartos de reales. ¿Qué tendrá, pues, este doblón del Ecu-

dor, que lo hace tan milagroso? (...) Lo leeré también yo. ¡Vaya! ¡Aquí sí que hay signos y maravillas! (...). Signos y maravillas, y el sol siempre está dentro de ellos (...). ¡Triste cosa si no hay nada de maravilloso en los signos o nada de significativo en las maravillas!”<sup>34</sup>

¿Son suficientes las referencias textuales hasta ahora citadas para haber demostrado la incumbencia de *Moby Dick*, la novela maestra de Melville, con el Ecuador? Puede ser que sí, mas permítanme citar unas cuantas más.

Mientras la tripulación se mantiene escéptica sobre el real paradero de *Moby Dick* y juzga al capitán como un loco delirante, éste ha venido siguiendo en los trazos de su mapa y en las señales del mar la ruta de *su* ballena. Sabe que sus cálculos y mediciones son correctos. Durante el trayecto, al encontrarse con el ballenero inglés *Samuel Enderby*, tiene la oportunidad de constatar esos datos. Para su dicha, el capitán de la otra embarcación le confirma haber avistado a la gran ballena “allá, en el Ecuador, la estación pasada”. Y precisa: “Algún tiempo después, cuando volvimos hacia el Ecuador, oímos hablar de *Moby Dick*, como la llaman, y entonces comprendí que era ella”.<sup>35</sup>

Este diálogo de borda a borda entre ambos capitanes devuelve a los

33 Melville, op. cit., Cap. XCIX (El doblón), pp. 582-583.

34 Melville, op. cit., Cap. XCIX (El doblón), pp. 584-585.

35 Ibíd., Cap. C, p. 592 y 596

marineros del *Pequod* la esperanza de encontrar a la Ballena Blanca y poder hacerse –al menos uno de ellos– con la recompensa prometida. La tripulación se prepara y, entre otras medidas, se impone la veda de cerveza, porque “en el Ecuador, en nuestra pesca austral –explica Ismael–, la cerveza serviría para hacer dormir a los arponeros en la cofas y nublarles la cabeza en los botes, con las consiguiente pérdidas dolorosas (...)”.<sup>36</sup>

Pese a la complejidad y extensión del corpus narrativo, que fluye y refluye como las ondas del mar a lo largo de un texto de cerca de ochocientas páginas, el objetivo central de la novela –la caza de la ballena en aguas ecuatorianas– no nos abandona. Así, aproximándonos cada vez más al escenario del drama, el narrador nos dice:

“Por fin se acercaba la temporada de caza en el Ecuador: todos los días, cuando Ahab alzaba los ojos al salir de la cabina, el timonel vigilante asía la barra y los marineros ansiosos corrían ansiosos hacia las vergas y allí se detenían, con los ojos fijos en el doblón clavado, esperando con impaciencia la orden de poner proa hacia el Ecuador. La orden llegó en su momento. Era casi mediodía y Ahab, sentado en la proa de su bote izado, hacía la observación

cotidiana del sol para determinar la latitud”.<sup>37</sup>

Doscientas más adelante, luego de narrarnos una serie de vicisitudes de tan larga travesía, Ismael –brújula fiel que nos guía a través de este extenso y agitado relato– nos recuerda nuevamente que “con su avance determinado tan sólo por la barquilla y la línea de Ahab, el *Pequod* seguía rumbo hacia el Ecuador”, hasta acercarse “a los bordes (...) de la zona de caza ecuatorial (...)”.<sup>38</sup>

Las escenas que preceden al encuentro del capitán Ahab con Moby Dick están llenas de tensión y presagio. El capitán ha aguzado la mirada; su mente no piensa más que en el enfrentamiento con la bestia, a la que presiente cada vez más cerca. “En la línea del horizonte –nos alerta Ismael–, un movimiento blando y trémulo, que se ve especialmente en el Ecuador, revelaba su fe apasionada y palpitante (...)”.<sup>39</sup>

Finalmente, Ahab, el hombre, matará a Moby Dick, el cetáceo que le cercenó la pierna, pero no podrá acabar con las ballenas. La novela misma es un canto a su supervivencia y, para ese homenaje a la vida animal, Melville vuelve a hacer referencia a nuestro mar: “La eterna ballena –dice– sobreviviría y elevándose en la cresta más alta de la ola

36 Ibid., Cap. CI., p. 603.

37 Melville, op. cit., Cap. CXVIII. p. 672.

38 Ibid., Cap. CXXVI, p. 703

39 Ibid., Cap. CXXXII, p.725.

ecuatorial, arrojaría su espumoso desafío a los cielos.”<sup>40</sup>

La última escena en que escuchamos la voz del capitán Ahab –escena que, según la secuencia de la novela, ocurre también en aguas ecuatorianas– es de una grandeza dramática estremecedora:

«¡Me precipito hacia ti, ballena, que todo lo destruyes sin vencer! Lucho contigo hasta el último instante; desde el centro del infierno te atravieso; en nombre del odio, vomito mi último aliento sobre ti. ¡Húndanse todos los ataúdes, todas las carrozas fúnebres en un foso común! (...) Quiero ser remolcado en pedazos para seguir persiguiéndote, atado a tu cuerpo, maldita ballena! ¡Así entrego mi lanza! (...)». Entonces volaron pájaros pequeños, chillando sobre el abismo aún abierto; una tétrica rompiente blanca golpeó contra sus bordes escarpados. Después, todo se desplomó y el sudario del mar volvió a extenderse como desde hacía cinco mil años».<sup>41</sup>

Llegados a este punto, vale la pena anotar que las múltiples referencias al Ecuador a lo largo del texto y acción de la novela no sólo son geográficas o toponímicas, sino que

Melville las utiliza también como metáforas y, en algunos casos, como hipérboles poderosas. Así, al aludir a la cojera del capitán Ahab, el carpintero del *Pequod* dice:

“He oído decir que la isla de Albermarle<sup>42</sup>, en las Galápagos, está cortada justo en medio por el Ecuador. Se me ocurre que una especie de Ecuador corta por el medio a ese viejo. ¡Siempre está en el Ecuador!”.<sup>43</sup>

## 5. Melville y la caza de ballenas

Como obra que narra la caza de cetáceos, la novela de Melville exalta la labor de los balleneros:

“Mientras la caza de la ballena no dobló el Cabo de Hornos –dice–, ningún comercio, casi ninguna relación que no fuera colonial unía a Europa con la larga línea de las opulentas provincias españolas de la costa del Pacífico. Fueron los balleneros los primeros en abrir una brecha en la celosa política que la corona española mantenía con esas colonias; y si el espacio lo permitiera, podría demostrarse claramente que gracias a los balleneros se logró al fin la liberación de Perú, Chile y Bolivia del yugo de la vieja España, y se esta-

40 Ibid., Cap CV, p.625.

41 Moby Dick Cap. CXXXV, pp. 763 y 765.

42 La isla Albermarle corresponde, en la nomenclatura inglesa antigua, a la isla Isabela. Para la nomenclatura de las islas y sus equivalentes actuales, consultar la “Lista de diferentes nombres con que se conocen las islas e islotes del archipiélago de Galápagos”, preparada a partir de la “Table of Galapagos Island Names”, en Human and Cartographic History of the Galápagos, Island, de Jhon Woram. Citado v. p.140, edición de Las encantadas.

43 Melville, Moby Dick, Cap. CXXVII, p.708. Hay otras referencias al Ecuador y a su entorno. Así, el narrador, aludiendo al zarrapastroso mendigo del puerto de Nantucket que predice el trágico final del viaje, se pregunta si el aterido pordiosero no “preferiría acostarse a lo largo de la línea del Ecuador?” (Moby Dick, Cap. II, p. 41). Y más adelante, al describir al arponero Queequeg, compara sus mejillas, marcadas por los matices más diversos, a “la ladera occidental de los Andes, que reúnen en un mismo paisaje los climas más opuestos, zona tras zona” (Moby Dick, Cap. IV, p. 65).

bleció la eterna democracia en esos países.”<sup>44</sup>

Tal glorificación, en realidad excesiva, se entiende en la época en que la caza de la ballena, una verdadera industria, llenaba las arcas de muchas potencias marítima y empresas. Era tan vasta y brutal esta labor depredadora que el propio Melville nos dice que “los yanquis, en conjunto, matan en un día más ballenas que todos los ingleses en diez años”.<sup>45</sup> En efecto, en tiempos de Melville el negocio de ballenas iba en constante aumento. Entre 1830 y 1840, los balleneros norteamericanos habían comercializado más de 41 millones de galones de aceite de esperma.<sup>46</sup> En 1833, alrededor de setenta mil personas se vinculaban a un negocio cifrado entonces en ciento veinte millones de dólares. La exportación de productos balleneros —una cuarta parte de la pesca— ocupaba el tercer lugar en la economía norteamericana, luego de los productos de carne y de madera.<sup>47</sup>

La codicia presente en la caza de ballenas se explica no sólo por su enorme valor económico, pues de cada animal se extraían y procesaban diversos productos, algunos de ellos, como el aceite y el esperma, sumamente apreciados. Gracias a

la ballena —nos cuenta Melville— se puede “hacer arder el más puro de los aceites en su estado no elaborado, es decir, no viciado: un fluido desconocido por todas las máquinas solares, lunares o astrales de la tierra. Es tan dulce como la manteca de la hierba tierna en abril”.<sup>48</sup> Y las referencias al esperma de ballena son todavía más sensuales. Ismael, el narrador de la novela, nos refiere de este modo su experiencia sensitiva al momento de extraer de la ballena tan rico fluido:

“El esperma se había enfriado y cristalizado (...) en masas que flotaban en la parte líquida. Nuestra tarea consistía en deshacer esas masas para transformarlas nuevamente en fluido. ¡Dulce y untuosa tarea! No es de asombrarse que en otros tiempos el esperma fuera un cosmético tan apreciado. ¡Un detergente tan dulce, claro, suave, deliciosamente blanco. Después de tener mis manos hundidas en él durante unos pocos minutos, sentí que mis dedos eran como anguilas y empezaban a serpear, a ondular por sí solos (...). ¡Apretémonos todos las manos; más aún, apretémonos los unos contra los otros, apretémonos universalmente en la leche y el esperma de la bondad”.<sup>49</sup>

En el Cap. XC, titulado “Cabezas o colas”, Melville nos informa,

44 Moby Dick, Cap. XXIV, pp. 168-169.

45 Ibid., Cap. LIII p. 343.

46 Ver “Caza de ballena en Paíta. Una industria del pasado”, Samuel T. Pee, recopilación y traducción de Oil History.

47 Charles Olson, *Llámenme Ismael*, México, D.F., Era, 1977, p. 94. Citado por Vladimiro Rivas Iturralde en “Estudio introductorio y notas” de la edición de Moby Dick o la Ballena, Libresa, Quito, 1993, p. 30.

48 Moby Dick, XCVII p.578

49 Moby Dick, Cap. XCIV, pp 566 y 567.

con refinada ironía, de las leyes inglesas que regían el reparto de ballenas:

“[D]e todas las ballenas capturadas por cualquier hombre en aguas de esa nación –dice–, el rey, en su calidad de arponero honorario, debe recibir la cabeza, mientras a la reina corresponde el respetuoso homenaje de la cola. División que, en la ballena, equivale a partir en dos una manzana: en el medio no queda nada (...). De modo que todas las cosas parecen tener su razón: incluso la ley”.<sup>50</sup>

Pasemos ahora a *Las encantadas*.

## 6. Melville y las Islas Galápagos

Melville publicó *Las encantadas* en 1854, bajo el seudónimo de Salvador R. Tarnmoor. Explicar su relación con el Ecuador es mucho más simple, no sólo por su reducida extensión<sup>51</sup>, sino también porque los diez relatos que lo conforman se sitúan de principio a fin en las Islas Galápagos, territorio que el escritor conoce bien, debido a sus recorridos por los mares del sur en una época en que las leyendas habían extendido sobre el archipiélago una fama de misterioso encantamiento. Fijas que-

daron en su memoria «esas latitudes que se resquebrajan al sol como enormes calabazas bajo la torridez incesante de su cielo»<sup>52</sup>, «esa broma pesada conocida con el nombre de “iguana”»<sup>53</sup>, esas «verdes y negruzcas masas de lava que llegan a semejar una superficie metálica»<sup>54</sup> y esas «cuevas en las cuales la marea incesante se estrella en furias de espuma»<sup>55</sup>. Impresionado por el paisaje, él mismo confiesa que sus recuerdos son tan vívidos, o tan fuerte la magia de su fantasía, que no logra saber a ciencia ciertas si no era “víctima de espejismos alrededor de las Galápagos”.<sup>56</sup>

En el primer relato, titulado “Las islas en general”, Melville nos cuenta que “hubo un tiempo, y aún se ven hoy en día, enormes flotillas de veleros que llegaban a estos mares en busca de las ballenas que abundaban en lo que llamaban la Tierra Encantada.”<sup>57</sup>

En el tercero, nos habla de Roca Redonda «un sitio espléndido que nos proporciona la posibilidad de contemplar todo su alrededor y que por característica tan peculiar fue bautizado por los españoles como “Pico Redondo”». <sup>58</sup> No escatima elogios sobre la privilegiada posi-

50 Ibid., Cap. XC, pp. 546 y 549.

51 La edición *Las Encantadas* que manejo (Ed. Luna de Bolsillo, Corporación Eugenio Espejo, Quito: 2010) consta de 141 páginas de holgado formato.

52 Herman Melville, *Las encantadas*, p. 11.

53 Ibid., p.12.

54 Ibid., p.13.

55 Ibid.

56 Ibid., p. 19.

57 Ibid., p.15.

58 Ibid., pp.29-30.

ción de ese mirador marítimo. “Ni el tripulante de un globo, ni un hombre desde la Luna –dice–, podrían tener más perfecta vista del planeta que se extiende a los pies (...). Esta roca está más o menos en el mismo paralelo de Quito.”<sup>59</sup> Describe luego las Bahías de Barlovento y Sotavento, y los promontorios Punta Sur y Punta Norte, “sitios famosos en los anales de los pescadores de ballenas”.<sup>60</sup>

Pese a su brevedad, *Las encantadas* es una obra rica en símbolos y representaciones, algunas de valor universal. En el séptimo y el noveno relatos, por ejemplo, las alegorías sobre un estado de naturaleza pura, salvaje y despótica se adentran en el campo de las ciencias políticas. Los inescrupulosos protagonistas de estas historias, prototipo del hombre antisocial, tiránico y sin valores cívicos, así como su historia de engaño y dominación, hubieran servido de laboratorio empírico para sustentar las teorías políticas de Hobbes, así como la necesidad ética de contar con un “Leviatán”, es decir, con un órgano social que asuma el orden y el control de la comunidad.<sup>61</sup>

En el primero de estos dos relatos, titulado «La Isla de Carlos, el

“Rey de los perros”», Melville narra la historia de un criollo cubano, quien, en pago por sus servicios de soldado de la Independencia americana, pide y obtiene como recompensa, en propiedad exclusiva, la isla de Carlos.<sup>62</sup> Atendiendo a su proclama, unas ochenta personas, entre hombres y mujeres, abordan el barco que los llevaría a la tierra prometida. El último en embarcar –nos cuenta–, fue el criollo, quien llegó acompañado de “un disciplinado ejército de perros enormes, los cuales rehusaban desde un principio hacerle concesiones al resto de pasajeros, permaneciendo echados aristocráticamente alrededor de su amo en la cubierta superior, desde donde lanzaban miradas desdeñosas hacia la plebe, tal como los soldados de una guarnición victoriosa hacen con los habitantes de una ciudad tomada, a los cuales deben vigilar». Una vez en tierra, los emigrantes, bajo la dirección de su nuevo amo y señor, procedieron a la construcción de la “Capital” con pedazos de escoria y bloques de lava. Debido al carácter indómito de algunos inmigrantes, no tardó “Su Majestad”, con ayuda de la “caballería canina”, en decre-

59 Ibid., pp.40-41. La cartografía actual precisa que la Roca está realmente a 0° 12 de latitud norte sobre la línea ecuatorial.

60 Las encantadas, 4. Un vistazo desde Redondo, p.49.

61 Ver la Introducción de Herbert W. Schneider a la edición inglesa del Leviathan, de Thomas Hobbes (Ed. Bobbs.Merrill, New York: 1958), p. xii.

62 Esta isla no se registra con el nombre dado por Melville. Existen, sin embargo, tres nombres parecidos: Carlos, mencionada por primera vez en 1786 por el cartógrafo Alcedo, registrada como Charles, Santa María o San Cristóbal en versiones posteriores; Tierra de Carlos IV, mencionada por primera vez con este nombre por el cartógrafo Cruz Globado, en 1974; y Carlos Lomas, referida en 1790 por Alejandro Malaspina. Según la nota de los editores de *Las encantadas*, “cualquiera de las tres podría ser de la que habla Melville, o podría ser que ninguna de las tres exista, pero las múltiples imprecisiones en su ubicación y las diversas versiones no nos dejan un dato cierto” (ver la edición de *Las encantadas* en Colección Luna de bolsillo (Corporación Eugenio Espejo, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, Quito: 2010, p. 141).

tar la Ley Marcial para evitar desmanes contra su “Palacio de Lava”. Cansados finalmente de su tiranía, los colonos se sublevan, obligando al depuesto “Rey” a huir con su armada de perros. Pero ahí no para la aventura. Contentos de la hazaña, los rebeldes se emborrachan y proclaman “La República”. «En realidad –dice Melville–, se trataba de una “libertinocracia” que se jactaba de no tener otra ley que la falta de leyes (...). Todo marinero fugitivo era proclamado mártir de la lucha por la libertad y de inmediato se convertía en otro andrajoso ciudadano de esta nación universal». El exsoldado de la Isla de Carlos –comenta Melville, más adelante, revelándonos las intenciones políticas de su relato– «pretendió animar a colonos a vivir en otras tierras, a lanzarse a una aventura, así finalmente tuviera en mente establecer sobre ellos una preeminencia de carácter político y convertirlos en súbditos. Las ejecuciones cometidas por éste contra algunos de sus seguidores podrían ser perdonables, considerando que entre las gentes que le siguieron abundaban los facinerosos y los traidores».<sup>63</sup>

El noveno relato, “Oberlus el ermitaño y las islas de Hood”<sup>64</sup>, narra la historia de “un extraño y nefasto personaje, europeo de ori-

gen”, quien, apartándose de sus congéneres, construyó en aquellas islas su guarida con rocas volcánicas y escoria, dedicándose a producir “unas papas degeneradas y algunas calabazas, que le sirvieron para hacer trueques y comerciar con las tripulaciones de los balleneros que a veces se aventuraban por allí”. El aspecto físico de este personaje era bestial –nos dice–. “Al contemplarlo podía deducirse que había sido expulsado del mismo volcán, de donde salieron las rocas en que habitaba. Cubierto de remiendos, agazapado en su guarida de lava, semejaba un montón de hojas secas que por capricho del viento hubieran ido a parar allí”. Pero no sólo su aspecto era horripilante, sino también su cadadura moral: no tardó en secuestrar a un marinero negro y convertirlo en su esclavo. De allí en adelante, a cuanto incauto recalaba en la isla lo sometía y lo obligaba a servirle a punta de escopeta. “Las armas, al fin y al cabo –apostrofa Melville –, son en poder de los seres humanos como esos espolones que se utilizan en los gallos de pelea”. Un día, los secuestrados urdieron su escape a bordo de un bote, abandonando al tirano en su isla. Tiempo después, Oberlus, desembarcó en Guayaquil y de allí fue a Paita, en donde “logró hacerse del amor de una morena,

63 Melville, *Las encantadas*, pp. 115-116.

64 El verdadero nombre del ermitaño, de quien también habla David Porter, es Patrick Watkins. Se trata del primer colono de las islas, un irlandés que arribó a la isla Floreana en 1806. Allí permaneció durante dos años prácticamente incomunicado y yendo a aprovisionarse a Guayaquil de vez en cuando. Se afirma que esta historia ocurrió realmente en la isla Española.

a quien convenció de que regresara con él a su isla”. Este nuevo intento de secuestro se frustró cuando algunos habitantes del puerto lo detuvieron y echaron a un calabozo, donde permaneció muchos años. “Quienes duden de la autenticidad de este relato –concluye Melville–, pueden recurrir, para confirmar su veracidad, al segundo volumen de *Viaje por el Pacífico*, escrito por el almirante Porter”.<sup>65</sup>

Otro relato interesante, sobre todo por su visión étnica, es el octavo, titulado “La isla de Norfolk y la historia de la chola viuda”<sup>66</sup>. En él, Melville nos narra las vicisitudes de Hunilla, “una chola -mitad india, mitad blanca- de Payta, Perú”, quien había partido hacía tres años a las Galápagos a bordo de un buque francés, en compañía de Felipe –su joven marido– y de su hermano Truxill. Querían “dedicarse a la consecución de aceite de tortuga, sumamente apreciado por su pureza y calidad en todas partes donde se le llega a conocer”. El capitán, de acuerdo al precio pactado y cubierto de antemano, se comprometía a regresar en cuatro meses. “Una vez instalados en la soledad de su isla, procedieron a trabajar febrilmente, con una verdadera locura de esperanza para lograr su meta”. Contentos de su primera cosecha de aceite,

Felipe y Truxill hicieron un catamarán para disfrutar de cortas excursiones de pesca. Debido a un golpe de la marea o simplemente a mala suerte o a la natural negligencia de su euforia, se vieron llevados a aguas profundas y finalmente se estrellaron contra la enorme barrera del arrecife; el catamarán se hizo pedazos; entre los restos de la embarcación y las afiladas rocas, los dos aventureros perecieron ante la mirada de Hunilla, quien los contemplaba desde la playa. El cuerpo de Felipe, envuelto en un frío sudario, regresó a los brazos de su esposa, arrastrado hacia la playa por la marea; su cuerpo parecía sumido en un profundo sueño; pero el de Truxill jamás fue vuelto a ver. Luego de enterrar el cuerpo de su esposo y de poner sobre el túmulo una tosca cruz, los pensamientos de Hunilla se concentraron en aguardar el regreso del barco francés. Pero éste nunca llegó. En su lugar, una nueva embarcación alcanzó milagrosamente la roca y la rescató. En el camino de regreso a Tumbes, Hunilla les cuenta a los sorprendidos marineros su triste historia. La última vez que la vio –concluye Melville–, iba Hunilla sola, montada en un burro gris; sobre el lomo de la cabalgadura, sobresalía una cruz.<sup>67</sup>

Las Galápagos –escribe Melville en su último relato– son un lugar

65 En efecto, en el citado libro, Porter refiere la historia de Oberlus, con pocas variaciones respecto a la versión del Melville. Cf. Nota de los editores, p. 130.

66 La isla de Norfolk corresponde a la isla de Santa Cruz. Ver, en p. 140 la lista de nombres preparada por los editores de *Las encantadas* a partir de la “Table of the Galápagos Island Names” en *Human and Cartographic History of the Galápagos, Island*, de Jhon Woram ([www.galapagos.to](http://www.galapagos.to)).

67 *Las encantadas*, 8. La isla de Norfolk y la historia de la chola viuda, p. 108.

privilegiado para quienes se refugian allí, aunque tarde o temprano descubren que tampoco encontrarán allí la felicidad buscada. “Podría parecer absurdo hallar aquí una oficina de correos –agrega–, pero en cierto sentido también las hay. Constan de una estaca y una botella”. Una estaca de éstas llevó a un escondrijo donde, junto al cadáver de un hombre, se encontró esta leyenda: “Aquí, en 1813, como resultado de un duelo, cayó un joven teniente de la fragata *Essex*, el cual contaba veintiún años, habiendo, por consiguiente alcanzado la mayoría de edad en el momento de ingresar al mundo de los muertos”.<sup>68</sup> “Una vez cumplidas las ceremonias fúnebres –concluye Melville–, aparece siempre el bondadoso poeta o el artista del castillo de proa, quien cincel en mano estampa allí un epitafio (...). Una buena muestra de este tipo de literatura sepulcral se encuentra en un lugar desierto de la isla de Chatham<sup>69</sup>:

*Oh, Juan, hermano que ahora  
pasas.  
Tal como eres, así fui yo,  
Jovial y pendenciero.  
Sin embargo, ahora qué des-  
gracia,  
Ha perdido mi suelo,*

*Mis ojos no ven nada  
Y estoy aquí cubierto de casca-  
jos”.<sup>70</sup>*

## 7. Melville y Manuela Sáenz: una ficción posible

El tercer y último tema que abordaré brevemente tiene que ver con el posible encuentro de Herman Melville con nuestra ilustre compatriota Manuela Sáenz, exiliada en Paita por el gobierno del presidente Roca.<sup>71</sup> Hay ciertas coordenadas espacio-temporales que podrían no excluir esta eventual hipótesis.

Primera: el escritor y Manuela Sáenz fueron coetáneos.

Segunda: Manuela Sáenz llegó a Paita el 11 de noviembre de 1835, población peruana en la que vivió hasta su muerte, ocurrida en 1856, víctima de una peste de difteria.

Tercera: en la época de Melville, varios buques recorrían esas costas y mares a la caza de tortugas y ballenas. Ya en 1793, figuraba en el registro de matrículas de Boston un barco ballenero con el nombre *Atahualpa*.

Cuarta: Melville, infatigable marino y viajero, a la edad de veintiún años zarpó desde el puerto de Fairhaven, Massachusetts, a bordo del buque ballenero *Acushnet*,

68 Melville, *Las encantadas*, pp. 138-139. La misma inscripción fúnebre, anotan los editores (p. 137) se cita en el libro de Porter con ligeras diferencias e incluye el nombre del Teniente John S. Cowan.

69 Corresponde a la isla San Cristóbal en la nomenclatura actual.

70 Nota del los editores: “Esta inscripción también es citada por Porter, en verso, igual que en Melville, con el mismo significado, pero de diferente composición” (p. 139).

71 En una carta de 21 de octubre de 1835, dirigida al general Juan José Flores, Roca justificaba la medida señalando que: “Las mujeres son las que más fomentan el espíritu en estos países”. Cf. Hernán Rodríguez Castelo, *Manuela Sáenz* (Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Quito: 2011), p.76.

rumbo a los mares del sur;<sup>72</sup> de esas travesías él mismo ha dejado claro testimonio en sus obras, en las que hace referencias expresas a su paso y, en algunos casos, breve estancia en tales latitudes.

Quinta: Recientes estudios de historia de la literatura –como *América Latina en su literatura*, de la prestigiosa editorial Siglo Veintiuno–, han constatado que el eximio navegante de los mares del sur, “antes de volcarse en una experiencia literaria (...) recorrió las costas de Chile, Perú y Ecuador”, acumulando “vivencias en Lima, el Callao, Paita y las islas Galápagos”<sup>73</sup>. Se sabe también que, enrolado en la fragata norteamericana *United States*, hizo varios recorridos por esas costas en enero de 1844.<sup>74</sup>

Finalmente, existen registros de que Melville pasó por Paita en 1845. No es extraño entonces que, al encontrarse allí, el escritor se hubiera enterado de la existencia de Manuela Sáenz, compañera sentimental y consejera del Libertador Bolívar, y que, al igual que Giuseppe Garibaldi en 1851, se hubiera entrevistado con ella<sup>75</sup>. El gran escritor peruano Ricardo Palma nos cuenta que “[d] esde que doña Manuela se estableció

en Paita (...), cuanto viajero de alguna ilustración o importancia pasaba con los vapores, bien con rumbo a Europa o con procedencia de ella, desembarcaba atraído por el deseo de conocer a la dama que logró encadenar a Bolívar”.<sup>76</sup> Y es que en el “horizonte americano de la primera mitad del siglo XIX –escribe, a su vez, el profesor Hernán Rodríguez Castelo– no hallamos otra figura de mujer tan grande y de tanta significación histórica”.<sup>77</sup> El propio Palma viajó expresamente a Paita para conocer a Manuela Sáenz, y describe así su encuentro con ella:

“En el sillón de ruedas, y con la majestad de una reina sobre su trono, estaba una anciana que pareció representar sesenta años a lo sumo. Vestía pobremente, pero con aseo, y bien se adivinaba que ese cuerpo había usado en mejores tiempos gro, raso y terciopelo. Era una señora abundante de carnes, ojos negros y animadísimos, en los que parecía reconcentrado el resto de fuego vital que aún le quedara: cara redonda y mano aristocrática (...). Nuestra conversación es esa tarde fue estrictamente ceremoniosa. En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mundo

72 Ver Vladimiro Rivas Iturralde, op. cit., p. 9.

73 Ver América Latina en su literatura, Coordinación e introducción por César Fernández Moreno, 17a. edición, serie “América Latina en su cultura” (Siglo veintiuno editores, s.a. México: 2000), p. 112.

74 Ibid., p. 112.

75 Este ilustre personaje italiano narra su encuentro con Manuela Sáenz en sus diarios, a la que describe como “[l]a más graciosa y gentil matrona que hubiese visto nunca”. Ver Giuseppe Garibaldi, *Memorie Autobiografiche*, Roma, 1892 (9 Edicione), pp. 268-269. Cf. Hernán Rodríguez Castelo, op. cit., p. 89.

76 Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas completas* (Ed. Aguilar, Madrid: 1964), p.1133, citado por Hernán Rodríguez Castelo, op. cit., p. 87.

77 Hernán Rodríguez Castelo, op. cit., p. 153.

y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de dama altiva. Su palabra era fácil, correcta y nada presuntuosa, dominando en ella la ironía”.<sup>78</sup>

Es preciso señalar que no existen aún pruebas ni testimonios fehacientes que demuestren la hipótesis de un encuentro de Herman Melville con Manuela Sáenz. El riguroso estudio histórico del profesor Rodríguez Castelo, publicado con ocasión del bicentenario de nuestra ilustre heroína,<sup>79</sup> recoge la entrevista de Manuela Sáenz con Garibaldi, pero no hace mención alguna a un encuentro similar con el autor de *Moby Dick*. De ello hemos de colegir que hasta tanto no aparezcan datos fidedignos que prueben la autenticidad del hecho, esta posibilidad pertenece aún al campo de la ficción. Incluso en este terreno, algunos autores se han referido al episodio y otros no. El escritor ecuatoriano Luis Zúñiga,<sup>80</sup> por ejemplo, en su excelente novela biográfica sobre Manuela Sáenz no hace mención alguna a la supuesta entrevista o encuentro entre ambos personajes. En cambio, Gabriel García Márquez, en su novela *El general en su laberinto*, alude con estas palabras a la entrevista de Melville con Manuel Sáenz, exiliada en Paita:

“Tres visitas memorables –dice– la consolaron de su abandono: la del maestro Simón Rodríguez, con quien compartió las cenizas de la gloria; la de Giuseppe Garibaldi, el patriota italiano que regresaba de luchar contra la dictadura de Rosas en Argentina, y la del novelista Herman Melville, que andaba por las aguas del mundo documentándose para *Moby Dick*”.<sup>81</sup>

Por su parte, la escritora argentina Silvia Miguens, en su novela *La gloria eres tú*<sup>82</sup>, se refiere también al encuentro de Melville con Manuela Sáenz. Es interesante anotar que en la referida novela, la narración empieza cuando el ballenero *Acushnet* se aproxima a Paita; los marineros se han amotinado y Herman Melville, líder de la revuelta, ordena que se dirijan a tierra. Allí el escritor es huésped de Manuela Sáenz, quien, acorde con su papel histórico de mujer talentosa y recia personalidad, actúa como mediadora en el conflicto.

## 8. Epílogo

Terminó estas líneas en el mismo lugar donde las empecé: el mar. Esta vez en el Pacífico, frente a la playa costarricense de Tivives. Recostado en mi oscilante hamaca de lona, revisó mis notas manuscritas antes

78 Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas completas*, Madrid, Aguilar, 1964, pp.1132-33. Cf. Hernán Rodríguez Castelo, op. cit., p. 88.

79 Hernán Rodríguez Castelo, *Manuela Sáenz* (Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Quito: 2011).

80 Luis Zúñiga, *Manuela* (Editorial Esqueletra, Quito: 2009).

81 Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto* (Editorial Diana, México, D.F., p. 263)

82 Silvia Miguens, *La gloria eres tú* (Editorial Planeta, Bogotá: 2000).

de darles su versión final. Una luminosidad de vidrio se levanta a estas horas de las ondas azules. En medio de este bello paisaje marítimo, pienso en la porfía demencial del capitán Ahab, en su fanático fervor, pero por encima de toda esa polisemia de imágenes y signos que es su novela, veo rutilar nuevamente la moneda ecuatoriana de oro: clavada en el mástil de mi memoria, emite “un sonido orbicular y tintinea como el oro acuñado”.<sup>83</sup>

Estoy satisfecho de haber escrito sobre Melville y el Ecuador, dos temas que se unen en una misma frontera de agua y de palabras. A lo largo de este artículo, modestamente creo haber demostrado, usando el texto de las obras de Melville, la directa incumbencia de *Moby Dick* y *Las encantadas* con nuestro país.

Ahora bien, *Moby Dick* –la novela que William Faulkner hubiera querido escribir–, ni empieza ni termina en el Ecuador. Se trata de una obra inmortal de la literatura universal, de un “paradigma novelístico de lo sublime, de un logro fuera de lo común”<sup>84</sup>, posible gracias a esa esquivia y milagrosa mezcla de talento, disciplina y entrega al oficio de escritor de ese genio melancólico y profundo que fue Herman Melville.

*Palma de Mallorca - Playa  
de Tivives (Costa Rica)*

*Septiembre de 2011*

---

83

Herman Melville, *Bartleby el escribiente* (Alianza Editorial, Madrid: 2009), p.18.

84

Citado en la contratapa de la edición de *Moby Dick* o *la Ballena Blanca* de Editorial Debate (Barcelona: 2003).